

Carta desde Inglaterra

Espanoles en Oxford

In the gloom, the gold gathers the light around it.
Ezra Pound

Para un letraherido de mi generación empieza a ser casi imposible hablar de Oxford sin echar mano de *Todas las almas* de Javier Marías, novela o memoria en clave de su estancia como lector en esta universidad esquivada donde vida y ficción se entremezclan y alimentan mutuamente. El libro de Marías, a pesar de sus evidentes exageraciones, o tal vez gracias a ellas, se ha convertido en una suerte de guía de un territorio irreal, nunca definido del todo, semejante a un escenario donde la ficción teatral dependiera no tanto de los protagonistas como del silencio cómplice y simulado de los figurantes; que los figurantes (estudiantes, lectores, invitados) seamos mayoría refuerza esa primera impresión y explica, por otra parte, nuestro carácter provisional, nuestra obligada condición de aves de paso. Las leyes y hábitos que rigen este territorio tienen algo de reglas de juego que mucha gente acepta y sigue alegremente, pero más a menudo con las facultades críticas adormecidas durante el tiempo necesario por el asombro y la curiosidad: pasado el primer *flash* cegador, ese umbral de ignorancia provinciana que nos lleva a medir cada uno de nuestros gestos en las cenas de gala, o a exhibir nuestro mejor inglés con tonta pedantería, empezamos a ver grietas en el decorado y a advertir que algunos de los actores principales no saben o no quieren estar a la altura de la obra. Al modo de un espejo deformado que corrigiera las deformaciones del original, la novela de Marías da cuenta con ingenio paródico de esta decadencia progresiva de rituales y usos, de esta lepra de escepticismo que ha alcanzado a muchos *dons* y *fellows* demasiado conscientes de estar ensayando un papel vacío y algo ridículo en su anacronismo. Pero las reglas y hábitos persisten, como persiste la ilusión de orden en esa imposible cena bufona que reúne a los diversos personajes de la novela en un sostenido descenso a la ebriedad y la inconsciencia. No deja de resultar curioso, paradójico tal vez, que Marías se despojara al fin de su *atrezzo* culturalista y sus estrategias distanciadoras al escribir sobre esta «ciudad de almíbar», como él la describe. Lejos quedan las ficciones libres-

cas y un punto amaneradas de *El siglo* y *El hombre sentimental*, donde la calidad de la prosa no esconde la inanidad de lo relatado. *Todas las almas* es, por el contrario, una novela necesaria, lo que es como decir que el lector la siente necesaria y que comparte la urgencia que llevó al autor a escribirla. La ironía ya no es aquí una afectación del estilo, sino el único modo de hacer justicia al relato, de que no derive en elegía o incluso melodrama. Parecería que, enfrentados a la irrealidad de Oxford, Marías o su narrador (aquí es difícil deslindar uno del otro) hubieran tomado consciencia de su propia realidad, de su propia e ineludible singularidad: a eso se refiere el narrador, tal vez, cuando comenta el sentimiento de «perturbación» que acompañó su estancia de dos años en Oxford y que de una u otra forma veló todas sus acciones. Mientras camina uno entre las fachadas de los *colleges* con la impresión de haber entrado en uno de esos libros o películas que tanto han hecho por moldear nuestra imagen de la ciudad, cuesta no susstraerse al mito y mantener a la vez plena consciencia de lo que somos; y, no obstante, lo ficticio de ese mito y la fragilidad del decorado que nos rodea, nos hacen sentir como nunca nuestra lejanía de la ciudad, lo imposible que resulta entenderla o abarcarla en toda su complejidad.

A menudo, caminando por High Street o cruzando St. Giles, he intentado imaginar a Jorge Guillén o a Luis Cernuda paseando por esas mismas calles o recalando en la Tayloriana, que es un poco el puerto inevitable de todo español llegado a Oxford: Guillén, imagino, para dar sus clases; Cernuda para consultar algún volumen antiguo y disfrutar de la tranquilidad de maderas nobles y altas bóvedas de su biblioteca. Pero la imaginación lo tiene difícil. St. Giles y High Street son hoy calles tomadas por las mil compañías de autobuses que parecen coexistir en esa ciudad, y que pelean por su poco de espacio con taxis, coches, estudiantes y turistas ante el reproche mudo de las fachadas. Los vestuarios y decorados de un James Ivory tienen poco que ver con las ropas de los estudiantes y el color chillón de los escaparates, idénticos a los que decoran el centro de cualquier otra ciudad inglesa. Incluso las librerías, como la mastodóntica Blackwells, repartida en diversos locales a lo largo de Broad St., o Dillons, de fachada saliente como un mascarón de proa, tienen un mucho de la asepsia de los supermercados y las tiendas de moda que tapizan las calles y los sentidos con el reclamo de la última oferta. A su lado, la iglesia de St. Magdalen y el camposanto adyacente han terminado por hacerse prácticamente invisibles, como muebles viejos o bolsas de basura que el paseante sorteara sin pensar. Escribo estas líneas a principios de marzo, y las primeras flores del azafrán (que los ingleses llaman *crocuses*) se insinúan entre las lápidas o junto a la verja de hierro forjado donde familias enteras esperan el autobús con los ojos puestos aún en los escaparates: rodeados de humo y de ruido, estos brotes míni-

mos bullen con el fuego modesto de lo que se da sin falta ni condiciones, y su misma discreción tiene algo de reproche, de aviso mudo. Son también, sobra decirlo, un signo de la pervivencia del tiempo, un resto del Oxford antiguo que renace, más lleno de vida que la madera o la piedra que sustenta el laberinto de los *colleges*.

El Oxford de Cernuda era muy otro: una ciudad más tranquila, sumida en el estupor húmedo del verano, que la guerra y las vacaciones habían vaciado de estudiantes a cambio de unos cuantos londinenses privilegiados que huían de las bombas y la confusión de la capital. En realidad, según cuenta Rafael Martínez Nadal en *Luis Cernuda: El hombre y sus temas*, libro de memorias poco habitual entre nosotros por su precisión y su sencillez. Cernuda pasó los veranos de esa primera mitad de los cuarenta en Old Headington, pequeño pueblo cercano a Oxford donde también vivía Salvador de Madariaga, cuya influencia en el departamento de español de la universidad se remontaba ya a los primeros años veinte. Allí, en el número 1 de Andrew's Lane, muy cerca de la casa de Madariaga y paredaño a un viejo camposanto que sirvió de motivo a su poema *El cementerio*, Cernuda vivió algunos de los meses más felices, o al menos más tranquilos, de su estancia de más de diez años en la isla británica. Old Headington se halla a una media hora a pie de Oxford, junto a la carretera que viene de Londres y que termina en uno de los emblemas y orgullos de la ciudad, el Magdalen College. El camino que desciende desde Old Headington ha de cruzar una amplia zona de bosques antes de remansarse junto a South Park y llegar a The Plain, en la ribera este del río, y no es imposible que Cernuda recorriera a pie esta distancia para acercarse hasta la Tayloriana o dejar pasar el tiempo en las viejas calles empedradas. Algo así parece sugerir Martínez Nadal cuando escribe que «Oxford, con buenos amigos, fue, a pesar del gentío, casi un paraíso para Cernuda. Se le veía subir solo y lento por la *high*, o calle mayor, de regreso de un paseo por los *groves* y *fields*, prados y sotillos de los colegios que bordean el río, o pasar rápido por la explanada de St. Giles...» ¿Qué volúmenes consultó en la biblioteca? ¿Se cruzó en alguno de sus paseos con Tolkien o C. S. Lewis, ya por entonces conocidos por sus ficciones infantiles? ¿Coincidió en alguna librería de viejo con un joven de figura desgarrada y gruesas gafas llamado Philip Larkin? Es tentador, y al mismo tiempo perfectamente inútil, hacer un poco de historia-ficción y erigir ante los ojos la posible y probable escenografía de los paseos del poeta. Es casi seguro que el Oxford actual le hubiera horrorizado, o que los sótanos interminables de la librería Blackwells, donde los libros se cuentan por miles y las estanterías esconden más hábilmente que cualquier astuto bibliotecario el título buscado, hubieran sido objeto de su ira y su repugnancia (algo de su horror a la usura y el comercio lo acercan, extra-

ñamente, a Ezra Pound). Lo imagino, más bien, recorriendo las pocas calles intactas que rodean Radcliffe Camera y en las que a veces, en ciertas noches de invierno, es posible pensar que no ha pasado el tiempo, que esa ventana iluminada alberga el mismo fuego de hace siglos, la misma lejanía del mundo, esa quietud cada vez más ficticia y ensayada, pero aún capaz de convencer, de hacerse creíble a la mirada ajena.

¿Y Guillén? Por alguna razón, me es difícil imaginar al autor de *Cántico* en este lugar, pese a lo más prolongado de su estancia (dos años) y a la existencia de huellas concretas (cartas, fotografías, poemas fechados) que recuerdan su presencia. Tal vez porque su optimismo aéreo y depurado no termina de casar con la solidez gastada de la piedra, tal vez porque su poesía no nos lleva a interrogar por aspectos concretos de su vida, como sí hacen los versos de Cernuda. La intuición sugiere lo primero, la razón lo segundo, aunque parece evidente que ambas explicaciones son caras de una misma moneda. En cualquier caso, la sonrisa fácil que uno recrea al invocar el rostro de Guillén tarda en grabarse sobre este paisaje: la falta de conflicto tiene un efecto letal para la imaginación y suele aburrir al que no tiene la fortuna de disfrutar de sus beneficios. Es verdad que numerosos estudios críticos o biográficos nombran a Salvador de Madariaga y T. S. Eliot como amistades del poeta durante sus años ingleses, pero también lo es que apenas disponemos de datos que nos permitan ampliar la información. El primero era su inmediato superior, y parece claro que desde el principio se estableció entre ellos una fuerte corriente de simpatía. De la amistad o relación entre Eliot y Guillén, sin embargo, es poco lo que sabemos, aunque es fácil entender que pudieran llevarse bien: les unía parecida inclinación al orden y el trabajo disciplinado y una suerte de consideración aristocrática de la literatura que explicaba el aprecio de ambos (personal y literario) por Valéry, aunque el puritanismo histriónico de Eliot no puede haber sido del gusto del español. En cualquier caso, a pesar de sus estancias en Oxford y en diversas universidades norteamericanas, Guillén no dejó nunca de ser un afrancesado, y algo de excluyente debió de tener tal filiación si pensamos en que apenas nos queda alguna opinión suya sobre lo escrito en sus países de adopción. El propio Guillén parece confirmarlo al confesar con cierta ingenuidad: «Allí [en Oxford] estuve dos años. Aprendí poco inglés porque yo estaba siempre ocupado con las clases de español».

Pero estudiantes y profesores, turistas y autobuses no son los únicos en hacer difícil la tarea de la imaginación. Oxford alberga otra suerte de personajes, inesperados al principio, pero cuya presencia puntea como una mancha de vergüenza la ciudad: los *homeless*, los vagabundos «sin casa» que instalan sus mantas a la salida de las tiendas y los *colleges* del centro, atraídos por esa mezcla de dinero y mala consciencia que une a estudiantes